

ECLIPSE Y RETORNO DE LA POLÍTICA EN EL MUNDO CONTEMPORÁNEO

*Enrique Montalvo Ortega**

RESUMO: El autor trata de la eclipse de la política generada por el énfasis en el discurso centrado en el mercado por parte del neoliberalismo y el reciente movimiento de valorización de esta esfera a partir del resurgimiento de una nueva izquierda en Europa.

PALAVRAS-CHAVE: neoliberalismo; mercado; economía; política.

EL ESCAMOTEO DE LA POLITICA

Si pudiéramos resumir de alguna manera el acontecer que ha seguido la vida política en el mundo desde inicios de los años 80 hasta la fecha, tendríamos que asumir que durante las dos últimas décadas hemos asistido a su creciente eclipsamiento. La política se vio nublada por la economía, entendida esta en su aspecto más técnico y limitado.

Desde el arribo al poder de Ronald Reagan en Estados Unidos se comenzó a perfilar una etapa en la que los hombres irían perdiendo vastos espacios de autonomía y libertad y serían menos dueños de su destino. La política, el ejercicio político, en el sentido de la capacidad de los pueblos y de sus respectivos gobiernos de decidir su futuro en función de sus necesidades, se topó con crecientes obstáculos y limitaciones.

La era del neoliberalismo presagiaba una sociedad en la cual fines y medios se invertirían drásticamente. Si alguna vez se había considerado a la economía como un medio para que los hombres arrancaran a la

* Doutor em Sociologia pela Universidad Autónoma de México e investigador titular do Centro INAH Yucatán, México.

naturaleza la subsistencia, a través de organizar la producción de la mejor manera posible, el neoliberalismo anunciaba lo contrario. La economía pasaba a presentarse como un fin en sí mismo, a la vez que se le despojaba de su contenido político, al tratar de presentarla como una cuestión meramente técnica, ajena a los conflictos que emergen de la organización general de la sociedad y de los intereses de los grupos que en ella coexisten.

A las metas denominadas macroeconómicas debería de sacrificarse todo el quehacer de la humanidad. Si algún sentido cobraba la existencia de los políticos, era imponer las tareas necesarias para alcanzar esos objetivos. Tales objetivos se constituían como el dogma principal de la sociedad.

Como las vacas sagradas de la india: la reducción del gasto público, el control del déficit, la privatización de empresas estatales, la reconversión industrial, se convertían en objetivos intocables, aún a costa del desempleo, de la miseria, del hambre o de la aparición de nuevas enfermedades que se consideraban desterradas.

A falta de mejores y más trascendentes fines, los políticos que iban asumiendo desde entonces el poder elevaban a los del neoliberalismo por encima de cualquier otro que considerara las necesidades sociales.

La sociedad rendía culto a la economía neoliberal, de la misma manera que los fanáticos religiosos a sus respectivas deidades. Y lo peor es que se mostraba dispuesta a ofrendar cualquier cantidad de víctimas sacrificiales, para dejar satisfecho a este nuevo Dios. Los políticos asumían la función de los sacerdotes en la nueva religiosidad neoliberal: cuidar que el dogma, inventado por los economistas en función de teólogos, se cumpliera con exactitud. Contaban para ello con la presión y el "apoyo" de las universidades e instituciones donde se producían esos dogmas, de los organismos internacionales como el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial (BM), etc., de los medios transnacionales de comunicación.

Los organismos internacionales se encargaban, como una especie de moderna Santa Inquisición plenipotenciaria y universal, de quemar en la hoguera de la anemia de créditos y avales y de las sanciones económicas a los herejes, los países que decidieran romper con la nueva fe en el mercado y demás dogmas neoliberales. O a aquellos que se negaran a aceptar las ominosas condiciones que imponía el servicio de las deudas externas.

Se vivió un proceso de colonización de la política. Desde un supuesto centro se imponía lo económicamente correcto². Una especie de evangelización de los expertos, quienes “aplicaban un programa de reforma ideológica y rígida, fundado sobre manuales de economía que no tenían otro objetivo que justificar el capitalismo de tipo anglo-americano, a países de los que no conocían ni su lenguaje, ni su cultura, ni su historia.”³,

Así, “ M. Jeffrey Sachs, profesor de Harvard “se mueve sobre todos los continentes, manejando la zanahoria delante del burro para imponer su ‘terapia de choque’ . Desde Bolivia hasta Polonia, de Mongolia a Rusia, la receta era idéntica. El buen doctor explica : La obra de mi vida consiste en ayudar a los países en situación desesperada a salir de sus crisis económicas. Yo soy un economista matemático de formación técnica, y lo que hago se fundamenta en la historia económica. Yo no soy simplemente un predicador”⁴

De esta manera, las soberanías nacionales iban cediendo a pasos agigantados. La globalización, se repetía insistentemente, hacía imposible que los gobiernos decidieran sus políticas económicas, éstas tenían que adoptarse en función de las nuevas directrices mundiales.

En todo este procedimiento de implantación del credo neoliberal el “pensamiento único” cumplió un papel central y estratégico.

El pensamiento único consiste en la idea de que sólo hay un camino posible. Que ante la complejidad del panorama internacional, ante las características de la crisis actual, la única solución es la que propone el neoliberalismo.

El pensamiento único, nos dice Ignacio Ramonet, es “la transposición en términos ideológicos, que se pretenden universales, de los intereses de un conjunto de fuerzas económicas, y específicamente del capital internacional”. Se fundamenta en “el concepto del predominio de la economía sobre la política, al grado que un marxista distraído no lo discutiría. Fue con base en este principio, por ejemplo, que en 1994 se pudo proceder sin oposición alguna a hacer independiente un instru-

² Tomo esta idea de un artículo de Ibrahim Warde : “Des Commissaires a l’ideologie”, Revista *Maniere de voir* 28, *Le Monde Diplomatique*, Noviembre de 1995.

³ *Art. Cit.*, pág. 19.

⁴ *Ibid.*, pág. 20.

mento importantísimo en manos del ejecutivo, como la Banca de Francia, que quedó así, como se dijo, al margen de la perspectiva aleatoria de la política. La Banca de Francia es independiente, apolítica y está por encima de los partidos, afirma su gobernador, Jean-Claude Trichet, el cual todavía agrega : Nosotros queremos la reducción del déficit público y perseguimos una estrategia de estabilidad monetaria. ¡Como si estos dos objetivos no fuesen políticos !”

“A la economía se le otorga el puesto de comando, en nombre de un realismo y de un pragmatismo del cual Alain Minc ha dado la siguiente formulación : <El capitalismo no puede derrumbarse, es el estado natural de la sociedad. La democracia no es el estado natural de la sociedad. El mercado sí lo es.>, Estamos ante una economía obviamente desembarazada del obstáculo de lo social, considerado como una suerte de patético lastre cuyo peso sería causa de retrocesos y de crisis.”

“Los otros conceptos claves del pensamiento único son : el mercado, ídolo cuya mano invisible corrige las asperezas y las disfunciones del capitalismo, y en particular los mercados financieros cuyas señales orientan y determinan el movimiento general de la economía ; la competencia y la competitividad que estimulan y dinamizan la empresa, conduciéndola a una permanente y benéfica modernización ; el libre cambio ilimitado, factor de desarrollo ininterrumpido del comercio y por lo tanto, de la sociedad ; la mundialización tanto de la producción manufacturera, cuanto de los flujos financieros ; la división internacional del trabajo que modera las reivindicaciones sindicales y disminuye el costo del trabajo; la moneda fuerte, factor de estabilidad ; la desregulación, la privatización, la liberalización, etc. Siempre menos Estado, un arbitraje constante en favor de las ganancias del capital y en contra del pago al trabajo. E indiferencia en lo que tiene que ver con los costos ecológicos.”⁵

El derrumbe de los países comunistas en 1989 propició que también Europa Oriental participara en el festín neoliberal, con efectos grotescos para economías que desde décadas atrás no habían conocido lo que era el mercado y sus efectos. De esta manera el eclipse de la política llegó a abarcar a todo el orbe.

⁵ Ignacio Ramonet, “El pensiero unico”, Revista *Manieres de Voir- Le Monde Diplomatique*, Enero de 1995.

Bajo estos parámetros dictados por el “pensamiento único” el mundo se transformó drásticamente durante la década de los ochenta. Uno a uno, la inmensa mayoría de los países del globo se sumaron, bajo la égida del pensamiento único a la religión del mercado, a la vez que renunciaba a definir sus políticas..

Para comprender como se dio este cambio resulta esclarecedor realizar un breve recorrido histórico que nos permita describir las características del mundo que emergió después de la Segunda Guerra Mundial, y contrastarlas con las que definen al que vivimos actualmente.

EL MUNDO DE LA POSGUERRA

Nada mejor que la figura del Estado social o Estado benefactor para definir el carácter de la reorganización mundial que encontrara sus mejores momentos en la década de los cincuenta y los primeros años de la de los sesenta.

La reactivación económica que propició el enorme gasto militar que representó la guerra se manifestó en un proyecto de continuo mejoramiento de los niveles de vida en los países del mundo desarrollado.

El llamado auge de la posguerra permitió que el Estado asumiera un creciente número de compromisos en lo tocante a bienestar y solidaridad social.

Esto es válido tanto para los Estados Unidos como para la mayoría de los países de Europa occidental, que primero con el apoyo de los recursos aportados por el Plan Marshall, y después con la activación de sus respectivas economías, y la mayoría bajo gobiernos socialdemócratas, fueron respondiendo a nuevas aspiraciones de la sociedad, con un Estado que parecía cumplir las premisas de acrecentar la justicia social y el bienestar.

Si bien esta actitud respondía en parte a la ideología de los socialdemócratas triunfantes, y era posibilitada por el momento de expansión económica mundial, también se explicaba por la urgencia de enfrentar la amenaza comunista.

Si se quería frenar la amenaza comunista había que responder, siquiera en parte, a las demandas sociales, y mostrar que el sistema capitalista era capaz de resolver muchos de los problemas que emplazaban los sindicatos y los partidos comunistas, sin tener que acudir al expedi-

ente de restricción de libertades que caracterizaba a los países del mundo comunista.

El enfrentamiento con la Unión Soviética y los países de Europa oriental, entre capitalismo y comunismo, que significó la guerra fría, obligaba a los países capitalistas, sobre todo a los de Europa occidental a realizar reformas que favorecieran a la población. Reformas que se materializarán en mecanismos de distribución del ingreso y que reforzaran tendencias hacia un cierto igualitarismo y solidaridad social. No hay que olvidar que la misma socialdemocracia tiene su origen precisamente en la propuesta de que sería posible alcanzar el socialismo por la vía de acumular reformas al sistemas capitalista, sin necesidad de una ruptura revolucionaria.

Habría que agregar que a todo esto también contribuía la sólida estructura de los sindicatos y la fuerza y extensión de la ideología de la izquierda, que en algunos países se perfiló en varias ocasiones como alternativa al capitalismo. De la misma manera el éxito alcanzado por los modelos nórdicos (Dinamarca y Suecia) de socialdemocracia constituía un desafío en la construcción de un modelo más justo de sociedad.

El modelo del Estado social funcionó sin grandes problemas hasta mediados de la década de los 60, cuando comenzó a tener sus primeros tropiezos.

Cuando hablamos del mundo de la posguerra nos estamos refiriendo a sociedades en las que las economías nacionales se definían por sí mismas, y el grado de conexión con el mundo exterior no tenía nada que ver con el que existe actualmente.

Es conveniente ubicarnos en una época en la que el nivel de las comunicaciones no hacía posible el acercamiento entre hombres, países y economías que hoy existe gracias sobre todo a la informática y a los medios de comunicación más avanzados.

Ideas como las de soberanía y economías nacionales, lucha de clases, solidaridad, democracia social, igualitarismo, formaban parte del ambiente cultural predominante a lo largo de toda esa época. El nacionalismo se hallaba presente en muchos países como un elemento capaz de convocar a los ciudadanos.

LA REORGANIZACIÓN NEOLIBERAL

Es un hecho que este mundo que hemos tratado de caracterizar aquí ha terminado y nos hallamos ante un panorama muy diferente, incluso podríamos decir que en muchos aspectos opuesto.

Hoy el mercado se ha impuesto como eje fundamental no sólo de la economía, sino de las conciencias. El individualismo sustituyó a la solidaridad y a la idea propia del Estado de bienestar, de que éste debía velar por todos los ciudadanos, a través de: “1) garantizar a todos los individuos y las familias una renta mínima independiente del valor de su trabajo en el mercado y de su patrimonio, 2) reducir la inseguridad social capacitando a todos los ciudadanos para hacer frente a difíciles coyunturas (enfermedad, vejez, paro, etcétera), y 3) garantizar a todos, sin distinción de clase ni de renta, las mejores prestaciones posibles en relación a un conjunto determinado de servicios”⁶

De manera paralela se fue erosionando la idea que formaba parte de la cultura existente, por la cual se consideraba que el bienestar social era necesario para la democracia, que no se podría considerar que ésta existía a cabalidad si no se lograba mantener y extender los niveles de bienestar. Los políticos neoliberales pusieron todo su empeño por romper el vínculo entre democracia y bienestar, por redefinir a ésta en términos individuales, al margen de su contenido social.

La desaparición de la Unión Soviética, con la consiguiente caída del muro, dio lugar a la ruptura del mundo bipolar de la guerra fría. El capitalismo aparece no sólo como el sistema triunfante, sino que se imagina a sí mismo como el único posible. Desaparecidos los rojos, no tiene ya ningún temor a ser desplazado.

El individualismo ha emergido como la ideología triunfante, que se impone por doquier. Tanto en los estratos altos, como en muchos de los de abajo, se comparte la idea de que, si alguna salvación existe para los males de este mundo, ella se encuentra en la acción individual. Se creó a la par un nuevo consenso sobre la idea de que los Estados nacionales poco pueden hacer para mejorar su situación, pues son impotentes ante las fuerzas irrefrenables del mercado y de la globalización.

⁶ Josep Picó, *Teorías sobre el Estado de bienestar*, Madrid, Editorial Siglo XXI, 1987, pág. 133.

El fenómeno de la globalización avanza mientras tanto sobre dos carriles: el del dominio del mundo por un reducido grupo que posee en sus manos la riqueza y concentra las decisiones que afectan a millones de seres, y el del retraimiento en pequeñas comunidades que son incapaces de presentar alternativas eficaces, fuera de guerras religiosas en torno a propuestas fundamentalistas que no expresan sino el miedo a los cambios existentes⁷.

DEL ESTADO SOCIAL AL ESTADO NEOLIBERAL

¿Qué es lo que sucedió en el mundo que hizo posible el drástico tránsito de modelo del Estado de bienestar al neoliberal ? La explicación pasa por un conjunto de fenómenos, tanto de los que se conocen como estructurales, cuanto de aquellos que tuvieron que ver con acciones políticas específicas.

Hacia fines de los años 60 el modelo económico keynesiano, en el que se inscribe el Estado social, comenzó a enfrentarse con severas limitaciones para su funcionamiento. Estas fueron definidas en términos de crisis fiscal del Estado⁸, problemas de legitimación estatal⁹, o de las limitaciones para responder a la demanda social¹⁰.

⁷ Benjamin R. Barber muestra como en el mundo globalizado coexisten dos tendencias : “La primera es una retribalización de largo alcance de la humanidad por la guerra y las matanzas ; una libanización de los estados nacionales en la cual se enfrentan entre sí culturas, pueblos, tribus -un *Jihad* en el nombre de cientos de fes concebidas estrechamente contra cualquier tipo de interdependencia, cualquier tipo de cooperación social artificial y de mutualidad cívica. La segunda va surgiendo e imponiéndose a partir de la embestida de fuerzas económicas y ecológicas que demandan integración y uniformidad y que hipnotizan al mundo con su violenta música , veloces computadoras y su comida rápida (*fast food*) -con *MTV*, *Macintosh*, y *Mc Donald's*, presionando a las naciones hacia una red de comercialización global homogénea : un *McWorld* unido por la tecnología, la ecología, las comunicaciones y el comercio. “*Jihad Vs. McWorld*” en revista *Harpers*, marzo de 1992.

⁸ Puede verse al respecto el libro de James O'Connor, *La crisis fiscal del Estado*, Barcelona, Edic. Península, 1981.

⁹ Jürgen Habermas, *Problemas de legitimación del capitalismo tardío*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1975.

¹⁰ Claus Offe, *Contradicciones en el Estado del bienestar*, México, Alianza Editorial-Conaculta, 1990.

Uno de los primeros esfuerzos por enfrentar esta situación, desde la perspectiva de los intereses de los países más poderosos es el que desarrolló la Trilateral, creada en 1975.

En este contexto uno de los cambios más significativos es la modificación de la actitud ante la democracia, modificación que incluye su comprensión y definición misma.

La Comisión Trilateral, asociación de ciudadanos privados de los países más poderosos del orbe (Europa Occidental, Estados Unidos y Japón), financiada por banqueros de esos países, prefiguró ya desde 1975 muchas de las nuevas tendencias que hemos visto venir posteriormente.

De acuerdo al análisis que de ellos realiza Alan Wolfe “solo por medio de la cooperación de los principales poderes capitalistas (...) puede mantenerse la estabilidad del actual sistema mundial. Puesto que esta perspectiva requiere algún grado de sacrificio en la soberanía y el interés de corto plazo a cambio de la planificación global a largo plazo”¹¹

Dentro de este proceso de mundialización, uno de los problemas centrales, según la Trilateral, consistía en el “exceso de democracia” que privaba en aquella época, tal como se había visto con el “auge democrático de 1960”. Tanta democracia creaba problemas, pues decían, la democracia no puede funcionar cuando el ciudadano no es pasivo, sino que requiere de “algún grado de apatía y descompromiso” para alcanzar el “equilibrio”¹²

Partían del supuesto de que “un sistema de valores que normalmente es bueno en sí mismo no se vuelve óptimo al ser maximizado. Hemos llegado a reconocer que hay límites potencialmente deseables para el crecimiento económico. Hay también límites potencialmente deseables para la extensión de la democracia política. La democracia tendría una vida más larga si tiene una existencia equilibrada”¹³

La propuesta de la Trilateral para los Estados Unidos apuntaba entre otras cosas similares a fortalecer el autoritarismo y disminuir los

¹¹ Alan Wolfe, *Los límites de la legitimidad*, México, Editorial Siglo XXI, 1980, pág. 352

¹² Cfr. Wolfe, 353

¹³ Citado por Wolfe en *Ibid*, pág. 153

controles sobre los gobernantes, pues el presidente no puede cumplir con su responsabilidad “si se ve maniatado por una cadena de mezuquinas restricciones y prohibiciones legislativas”

En síntesis, la Trilateral propuso desde los años setenta, una democracia limitada, acotada, en la que se controlaran los mecanismos que pudieran propiciar participación de la sociedad y hacer crecer las demandas.

Se trataba de impedir que la sociedad se tomara en serio la democracia (lograr por lo tanto que la población se hiciera inerte y pasiva), evitar su exceso para que el sistema no se desestabilizara. Ello incluía el separar drásticamente la idea de democracia de cualquier contenido concreto referido a bienestar social, solidaridad, distribución del ingreso, etc..

A lo que en realidad se oponía la Trilateral era a una participación social que pudiera desestabilizar el sistema de control monopólico que entonces privaba y se veía en peligro. A la vez cumplió la función de construir un parámetro de democracia (vaciada esta de su contenido) que se adecuara a las relaciones de poder que comenzaban a emerger de las nuevas condiciones que emplazaba la globalización.

En tal sentido la Trilateral era, en muchos sentidos visionaria y precursora de los intereses de los grandes capitales del mundo. Prefiguraba el proceso de eclipsamiento de la política. Al proponer que se procurara desmovilizar a la ciudadanía, hacerla pasiva, limitar el “exceso” de democracia, estaba anunciando las condiciones necesarias para una sociedad en la que predominaran los intereses de los grandes monopolios internacionales, a través de una política económica dictada a partir de sus necesidades, política que se presentaba recubierta de una aparente neutralidad técnica.

Si la trilateral constituyó la conciencia teórica de los intereses de la élite del poder (usando este término a la manera de Wright Mills) en el mundo, ciertamente no tardó en encontrar a los personajes que se encargarían de encarnarla y darle vida. La década de los ochenta fue más que pródiga al respecto.

Las acciones políticas que permitieron reconfigurar el mundo en términos de esta nueva noción de democracia limitada, del nuevo individualismo de ciudadanos pasivos y de un proceso de gran concentración de la riqueza, se iniciaron de forma sistemática a raíz de la llegada al poder en Estados Unidos de Ronald Reagan, el 20 de enero

de 1981.

La política económica reaganiana (*reaganomics*, como se le conoció) llevó al terreno de la economía lo que la Trilateral prefiguraba en terminología política, lo que logró ajustándose al endurecimiento del régimen político. Organizó la economía para que fuera posible la inmensa concentración de capitales que hoy contemplamos en todo el mundo, a costa del empobrecimiento de vastos sectores de la población, incluso en los países desarrollados.

Los ajustes en el gasto público aplicados primero por los gobiernos neoliberales (particularmente los Estados Unidos y Gran Bretaña) que erosionaron el Estado social borrando una gran cantidad de gastos estatales destinados al bienestar de la población, representaron medidas de gran alcance político. En primer término constituyeron la plataforma a partir de la cual se impuso la aceptación del mercado como principal y casi única medida de relación entre los hombres. Con ello se pusieron las condiciones para que los ciudadanos se enfrentaran entre sí exacerbando su individualismo.

El hombre ideal para el neoliberalismo es un individuo que participa poco en política (fuera de emitir su voto), cree que sus éxitos así como sus fracasos son resultado sólo de su capacidad individual y poco tienen que ver con el medio en que se desarrolla y con las condiciones sociales, es altamente competitivo y está convencido de que el Estado debe restringir al máximo sus funciones y actividades.

La generalización y exacerbación de la ideología individualista favorece también la erosión de los mecanismos sociales de defensa de los individuos (sindicatos, agrupaciones solidarias, partidos) así como de sus identidades colectivas.

La subjetividad del individuo sufre un rotundo deterioro¹⁴ y empobrecimiento, al punto que quienes participan de la concepción neoliberal de la vida buscan desesperadamente sentido a ésta en el consumo. Así en el capitalismo actual: “reina un vacío total de significaciones el único valor es el dinero, la notoriedad en los medios masivos de comunicación o el poder en el sentido más vulgar e irrisorio del término (...)En el Occidente contemporáneo, el ‘individuo’ libre,

¹⁴ Véase al respecto Enrique Guinsberg “El psicoanálisis y el malestar de la cultura neoliberal” en *Subjetividad y Cultura*, No. 3, México, Octubre de 1994, Edit. Plaza y Valdes.

soberano, autárquico, sustancial, en la gran mayoría de los casos ya no es sino una marioneta que realiza espasmódicamente los gestos que le impone el campo social-histórico : hacer dinero, consumir y ‘gozar’ (si lo logra...). Supuestamente ‘libre’ de darle a su vida el sentido que quiera, en la aplastante mayoría de los casos no le da sino el ‘sentido’ que impera, es decir el sinsentido del aumento indefinido del consumo.”¹⁵

La privatización neoliberal supone la abdicación de la de la política. Ignacio Sotelo ha caracterizado muy bien esta tendencia, contrastándola con el contenido público que siempre representó : “El origen de una buena parte del actual desasosiego y general confusión se halla en la mezcla de lo público con lo privado. En mi juventud parecía bien asentada la vieja distinción revolucionaria -de la Revolución Francesa- entre el hombre y el ciudadano, y la aspiración que canalizaba nuestra acción profesional y política era contribuir a crear una sociedad en la que todos accediesen a la categoría de ciudadano que otorga el participar en la configuración de lo público y en la administración de lo estatal. Defendíamos una noción participativa de democracia y concebíamos el socialismo como «la democratización de la sociedad y el Estado».”¹⁶

En contraparte, apunta el mismo Sotelo : “según sea el punto de vista que se adopte -el de la sociedad o el de la clase política-, la privatización exhibe un cariz muy distinto. Desde la sociedad, se manifiesta en la tendencia a recluirse en lo privado, mostrando ante la política indiferencia, hastío o indignación, según se haya producido o no, o haya sido más o menos doloroso, el desprendimiento de todo lo que tenga que ver con la política. La indiferencia resulta del convencimiento de que basta la esfera privada para el desarrollo pleno de la persona, difuminándose uno de los principios básicos de la tradición europea, a saber, que sin el ámbito de lo público no hay modo de vivir la libertad. La definición aristotélica del hombre como «un animal político» resulta hoy tan enigmática que se emplea para caracterizar a un tipo de profesional de la política”

“La política, reducida al espectáculo de las discusiones y litigios

¹⁵ Cornelius Castoriadis, “El deterioro de occidente” Citado por Guinsberg, *Ibid.*, págs 17 y 18.

¹⁶ Ignacio Sotelo, “La privatización de la política”, *El País*, 17 de marzo de 1997.

de los que viven de esta actividad, produce pronto hastío. Hay cosas de mayor interés de las que ocuparse que de las escaramuzas de los partidos. En fin, indignación cuando la privatización de la política aparece en la forma más roma de echarse los dineros de todos a los bolsillos de los que detentan el poder. La corrupción, punto culminante de la privatización de la política, produce una indignación que amaina pronto al quedar asumida como un fenómeno natural: ¿a quién puede extrañar la corrupción en un mundo que no conoce otro interés que el particular? Lo inverosímil sería que pueda haber gentes que se comporten llevadas por una idea de lo público.”¹⁷

EL RETORNO DE LA POLÍTICA

A raíz de la consolidación del neoliberalismo en el mundo, y de que aparentemente la posibilidad de que los ciudadanos asumieran decisiones políticas propias había quedado desplazada, se generalizó, también de manera aparental, la idea de que no había ninguna posibilidad de construir alternativa alguna al modelo de despolitización imperante.

Sin embargo, el panorama comienza a cambiar, de manera casi inesperada. Los resultados de las recientes elecciones de Gran Bretaña y Francia nos enfrentan a un panorama político internacional totalmente diferente. El oscilamiento hacia la izquierda de los países de la Unión Europea y la irrupción de las propuestas de los socialistas franceses anticipan nuevas e interesantes posibilidades para la construcción de un modelo alternativo al neoliberal. De los 15 países europeos, 9 tienen gobiernos socialistas, 4 están bajo la dirección de coaliciones de centro y izquierda, y sólo dos son gobernados por la derecha.

Es indudable que la mayoría de los analistas fueron tomados por sorpresa, especialmente en el caso francés. Me refiero aquí tan solo a una muestra. Alain Touraine comenzaba de esta manera un artículo publicado apenas en febrero de este año: “Estamos paralizados por la abierta contradicción en la que creemos estar obligados a vivir. Las sociedades y los gobiernos parecen haberse vuelto impotentes frente al mercado mundial”¹⁸

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ Artículo “Cómo hacer andar al asno de Buridán”, *El país*, 2, de febrero de 1997.

Sólo cuatro meses después el mismo autor escribía : “Durante años, los franceses han creído en la desalentadora idea del «pensamiento único»; es decir, en la idea de que la internacionalización de la economía no deja ninguna libertad de maniobra a los Gobiernos y, por tanto, reduce al silencio a los pueblos. Mientras la mayoría de los países europeos, de Holanda y Dinamarca a Italia, y ahora a Gran Bretaña, buscan y encuentran la manera de conciliar los objetivos sociales con las obligaciones económicas, los franceses han estado convencidos durante mucho tiempo de su impotencia, de que ya no podían ser los actores de su historia, sino sólo las víctimas del capitalismo financiero occidental. El mismo PS había contribuido a extender esta idea al dejarse llevar por la defensa sin perspectiva de las intervenciones económicas y sociales tradicionales del Estado. Pero durante la campaña se ha visto empujado, quizá a su pesar y, con toda seguridad, gracias a la lucidez de Jospin, hacia posiciones más modernistas, que en lugar de aumentar la sensación de impotencia han convencido a la opinión pública de que el Gobierno podía intervenir y hacer una política social sin renunciar por ello a la unión monetaria.¹⁹ En este contexto parece inevitable el retorno de lo público y lo social y el retrocesos del neoliberalismo, al menos en un área muy significativa del mundo.

Se trata sin embargo de un retorno que no es exactamente tal, ya que lo público regresa con un sentido muy diferente al que tenía anteriormente. Viene con el reconocimiento de la importancia y la significación del mercado como elemento indispensable para agilizar la producción, lograr eficacia e innovación en el sistema.

Se trata de un esfuerzo por reconciliar principios liberales con sociales. El reto apunta a conjugar liberalismo y socialismo en una nueva síntesis, en la cual la solidaridad opere como principio mediador y regulador.

Sin duda nos hallamos ante un triunfo político y cultural de la izquierda europea, un retroceso del neoliberalismo, y un avance de la humanidad, con todo lo que este término significa. Es muy probable que los efectos de esta nueva realidad comiencen pronto a reflejarse en otros países y comencemos a ver el crecimiento de una izquierda que durante

¹⁹ Artículo, “Francia vuelve a creer en la política, *El país*, edición digital. Sección Debates, junio de 1997.

los últimos veinte años ha conocido muchas más derrotas que triunfos. Es posible por ello que otros países empiecen también a retomar las riendas de su futuro. La hora del neoliberalismo comienza a declinar, sin que aún esté bien delimitada la nueva perspectiva. Lo cierto es que ésta comienza ya a presentar algunos de sus contornos.

